



## *Cuatro cosas de mi tiempo (memorias)* Josep Miracle (Barcelona, 1904)

La casa de campo de can Mantega era como el punto central de una división : en la banda de allí -a mi izquierda-, el huerto; en la banda desde aquí -a mi derecha- el campo. Todo grandioso, de unas proporciones enormes. Media docena de hombres trabajaban constantemente, desplazados de una parte a la otra, según las estaciones y las necesidades agrícolas. El campo, se puede decir que, sólo reclamaba los hombres dos veces al año: por la siembra y por la cosecha; el huerto era más cosa de cada día, y aunque fuera más lejos de mi observatorio, no había operación que no fuera por mí atentamente seguida. Así yo podría describir con cierta minuciosidad los ciclos alternados de las hortalizas, ciclos que imprime a todo el huerto un caleidoscópico cambiante de la geometría de sus cuadros, tanto en disposición, como en color. Yo he visto hacer nacer y aterrizar auténticos campamentos de judías y de tomateras, con sus pirámides a base de unos puntales de cañas; y con el verde cambiando de su vegetación, yo he visto prosperar las coles y los brócolis, las alcachofas y las habas, las calabazas y los melonares.

Atenuada y todo por la lejanía, yo he sentido las exaltaciones de la mercancía en los momentos en que regaban mediante balsa. Yo he visto la plantación y la cosecha a un ritmo constante de ininterrumpida continuidad, sin moverme, sentado en el suelo, las piernas descolgadas galería abajo, las manos aferradas a los barrotes y la cara empotrada entre los dos hierros.

Pero yo he visto, sobre todo, la esforzada operación de labrar, aquel inmenso jefe de la derecha, el hombre siguiendo al animal, los puños aferrados a la parte posterior del arado (“esteva”), la reja abriendo la entraña de la tierra, haciendo camino allí , de un lado hacia el otro, yendo y viniendo, un surco al lado del otro surco, y otro y otro, hasta quedar todo el campo “somogut”, como rizado de tantos de caballones en hilera. Y yo he visto seguir el tendido de surcos paso a paso, una mano aguantando la “faldada”, la otra cogiendo las semillas de la falda y esparciéndolas adelante en el entorno. Y he visto pasar detrás el “aplanador” deshaciendo los caballones y tapando los surcos, dejando la semilla enterrada.

Y después he visto desaparecer los hombres, el campo dejado en manos de la naturaleza, el sol y la serena haciendo que con las semanas aquellas semillas apuntaran a ras de tierra, pintándola de un verde muy fino. Y he visto aquel verde muy fino convertirse en un verde intenso, y la hierba de crecer, hasta que con los meses el verde se volvía amarillo y la hierba se volvía tallo. Y todos los tallos hacían como una especie de mar, blandido como olas al soplo de la más suave brisa. Y entonces volvían aquellos hombres. Y el campo volvía a clapear del hacinamiento de las espaldas encorvadas que durante el año se habían visto en el huerto.

Se ponían, como si dijéramos, en batería, empuñando la hoz, se las emprendían contra aquella mar de seda, y se abrían camino abatiendo ola tras ola. A continuación de ellos, otros hombres recogían los tallos abatidos, y con cuatro golpes de mano hacían el manojo de las gavillas. Y las apilaban, y hacían fajinas. Y en dos o tres días de aquel campo de trigo no quedaba ni una espiga derecha, todas agrupadas en fajinas y las fajinas dispersas en la inmensidad del campo. Hasta que venía la hora de batir. Una hora que yo llamaría gloriosa, y que las máquinas de hoy han borrado probablemente para siempre. Aquellos caballos alrededor de la era y el corro rodando sobre un lecho de espigas; aquellas horcas reagrupando los tallos dispersos, los hombres con aquellos grandes sombreros de paja; y aquella polvareda de oro que se ponía como un velo de neblina en el escenario, todo ello compone una estampa bucólica que los venideros -aún los campesinos- ignorarán, y que los que hemos tenido la suerte de ver no olvidaremos nunca. Después venía el gran desinflado, el separar el grano de la paja, con aquella operación de "aventar" que volvía una nube de oro aquella neblina áurea de la operación de la trilla. Y el ensacar el trigo -"no diguis blat que no sigui al sac i encara ben lligat" (no digas trigo que no sea en el saco y aun bien atado) -, y en construir los pajares, la paja tan bien acondicionada en torno al percherón, que resultaba la imagen de una cabaña de poco fondo y mucha altura, perfectamente redonda en su perímetro, perfectamente conexa en su terminal, y el percherón copado por la poesía de mantener colgada boca abajo una olla de tierra cocida. De todo aquel gran escenario, de aquella magnífica estampa bucólica, ya hace años que no queda nada. Ahora pasa, a lo largo, toda una calle, con casas altas a ambos lados: la calle Joan Güell.